



EL BUEN VASALLO.

CARTA DE UN PADRE ANCIANO actualmente preso en una de las carzeles de Parìs á su hijo emigrante en España con motivo de los desordenes actuales de la Francia, sacada del diario de Barcelona de fines de Abril de 1793.

Amado hijo mio: con el mayor gozo he recibido tu carta; de grande consuelo me ha servido en los males que me afligen: mis cabellos canos; mi mano temblante: mis achaques anuncian ya mi proxima muerte, que pondrà el colmo á mis desgracias en este obscuro calabozo en que

expe-

experimento, cargado de cadenas los efectos de nuestra barbara Constitucion; pero no puedo explicarte, hijo mio, el regocijo que produce en mi corazon al acercarse mi reposo, el considerar tu modo de pensar. ¡Què dulce alegria se esparce por mis venas al leer que te has aprovechado de los desvelos de tu anciano Padre en tus primeros años! Sì hijo mio, nada, nada puede ser mas consolante á un Padre que fallece, que la satisfaccion de dexar un hijo que piensa con rectitud y que puede ser util à su Patria; pero ¡ah yo gimo! me conturbo todo al considerar los peligros á que te dexo expuesto en la peste casi general que está inundando al Universo, tanto mas temible quanto se introduce à pesar de los mayores desvelos; bien conoceràs que te hablo del libertinage. ¡Què desgracia! èl se và esparciendo por todas partes: ¡ah! quanto, quanto debes temblar á vista de los peligros à que te hallas expuesto en el terrible trastorno que él ha introducido en casi todos los Imperios: sì, no lo dudes, èl es una hidra que intenta devorarlos á todos. ¡Quántos males, quántos males no causan los iniquos Sectarios del libertinage! Nada hay sagrado para ellos; la sociedad misma los mira como unos miembros, no solo perjuiciales, pero aun inutiles; inutiles á sus semejantes, pues han sacudido el yugo que los unìa á ellos; inutiles á la sociedad, que miran como un monton de criaturas que la casualidad ha reunido y en que cada uno no conoce otra Ley que su antojo; inutiles á su Patria pues que consideran la publica autoridad como una usurpacion de la libertad de los hombres. ¡Infelices! como si fuera facil mantener un Reyno tranquilo sin autoridad! Inutiles á sus mas cercanos parientes, pues que creen que los titulos de Padre, hijo, hermano y esposo son titulos que á nada obligan; inutiles en fin á ellos mismos, pues aun la razon que Dios les ha dado para conocerle, la emplean para disputarle todos sus adorables atributos; inutiles é inhabiles para todo bien; con-

tagio-

tagiosos, el oprobio de la Religion y de la sociedad, que no debieran hallar asilo alguno sobre la tierra, y que á pesar de todo hallan tantos apologistas y admiradores aun en el centro mismo del Catolicismo. ¡ Monstruos! ellos ponen en duda las verdades mas terribles de la Religion; pero sus dudas solo recaen sobre aquello que les hace temblar; la idèa de la inmortalidad y de las penas eternas son los dos unicos puntos à que se dirigen sus sàtiras mordazes; pero quanto mas quieren persuadirse de su falsedad, confiesan con mayor cobardia su certeza; una pequeña enfermedad, la mas leve indisposicion es capaz de hacer temblar al Sectario mas arrogante; pero es justo que èl acabe sus negros dias entre la desesperacion mas fiera. Buena prueba tienes hijo mio, en ese monstruo de impiedad que aun hoy dia despues de reducido á cenizas está trastornando los Imperios; yá conocerás que te hablo de *Voltayre*, de ese oráculo de la disolucion: ¡ah! èl trazó el plán del barbaro sistema que nos aflige, concluido por sus subcesores baxo los auspicios de un infame Ministro: con todo, sus escritos se consultan como venidos del Cielo, y han hecho mas libertinos que paginas incluyen sus volumenes. ¡Infame adulador! él mudaba tantos pareceres quantos sugetos de poder queria seducir: en Prusia Luterano; Mahometano en Arabia; Religioso en Alemania; Despota en Turquia, sin domicilio fixo en parte alguna; inquieto en Parìs, en Nanci, en Ginebra; sin otro placer que el de esparcir poesías infames, libelos injuriosos, sàtiras horrendas que solo servian para manifestar su corazon dañado, enemigo de la sociedad y del estado; cuyos escritos han hecho derramar mas lagrimas que conceptos se encierran en sus lìneas. ¡Fiera horrible, que parece habìa nacido solo para desbaratar el Universo! La Religion, el Gobierno, los Derechos mas sagrados del Trono, todo, todo fué el objeto de sus atrevidas producciones, aborrecido por ellas de los mas célebres Monarcas de la Europa: Federico, el célebre Fede-

rico

rico, Rey de Prusia, se desengaña de su trato, y le detesta por sus sátiras picantes: Josef II, ni aun quiere verle, al pasar por el Pueblo donde habita. ¡Desdichado! él muere por fin despues de haberse burlado de los mas eficaces auxilios de la Iglesia, exclamando: *que muere abandonado de Dios y de los hombres.*

Si, hijo mio, un solo libertino es capáz de desolar todo un Reyno, quando en él se adopta el libertinage infame, presto, presto suceden el transtorno, las calamidades, las disensiones domesticas; las familias mas arregladas se transforman en escuela donde se enseñan las perniciosas máximas del vicio y de la voluptuosidad. La esposa fiel mira muy en breve la fidelidad del lazo sagrado que la une a su esposo, como un vano escrupulo que la tiranía de los hombres ha establecido sobre la tierra; verás desaparecer en esas desgraciadas casas el órden, la subordinacion y la confianza. El hijo cree tener derecho de sacudir la autoridad paterna; el padre cree que la única educacion que debe dar à sus hijos, es dexarles seguir todas las inclinaciones de la naturaleza; la esposa, que su capricho es la regla de su obligacion. ¡Eh! ¿Qué paz, què union puede reynar en un pais en que el libertinage y el desprecio de todo yugo gobierna á los que le habitan? ¡Què cahos, qué teatro de horror y de confusion viene á ser la sociedad general de los hombres, quando llegan à prevalecer las maximas del libertinage, y se establecen como publicas Leyes! ¡Què espantosa *Republica*, en que los impìos que la componen, solo aspiran à merecer el titulo de Ciudadanos por su espantosa impíedad! Yo tiemblo, hijo mio, al verlo verificado. Ah! ¿Estaba reservado para los ultimos dias de mi triste vida el presenciar tantas catàstrofes? En el dia, sí, en el dia tienes, hijo mio, una prueba de la certeza de la horrible pintura que acaba de hacerte este tu amante Padre. ¡Francia! ¡O Francia! Este Reyno quizà el mas floreciente de la Europa, cuyos adelantamientos en las artes y en las cien-

cias

cias, eran el pásmo de las Naciones: cuya fina política admiraba los Gavinetes; sus Academias tan celebradas; sus escritos tan alabados; mírale de repente transformado en el mas fiero barbarismo; sin religion, sin leyes, sin órden, sin templos; la nobleza abolida, los Ministros del Señor desterrados. ¡Què pàsmo! ¡A quantos ha hecho gemir esta barbarie! ¡Pero en què excesos no se han precipitado! Las Iglesias profanadas; los simulacros de Jesus y de su Madre purìsima vilmente destrozados; los sagrados despojos de los Santos reducidos à ceniza; el augusto Sacramento del Altar horriblemente ultrajado. ¡Què asombro! Las lenguas todas y las plumas armadas contra Jesu-Cristo, su nacimiento, su vida y milagros, sus preceptos y consejos, sus exemplos, muerte de cruz y misterios; su Evangelio Santo, su Iglesia, sus usos y ceremonias sagradas; todo en fin, sin exceptuar su Divinidad, todo, todo ha sido el juguete de los impíos, y el objeto de sus repetidas burlas; la Fé se ha extinguido, la Religion, las buenas costumbres. ¡Gran Dios! ¿Para quàndo reservais fulminar un rayo de vuestra poderosa diestra contra esos malvados? ¿Esperais acaso que echen el colmo de su maldad poniendo las manos sobre vuestro ungido, imàgen vuestra sobre la tierra? Ya lo han hecho: Sì, Luis, el desgraciado Luis, encerrado despues de quatro meses en el Temple de Paris, es por fin sentenciado al ultimo suplicio. ¡Qué! ¿Te horrorizas? ¿Te pasmas? Aun te falta que oìr; llega por fin el dia señalado para maldad tan inaudita; ese dia tan infausto como triste para toda la Europa. ¡O luz! ¿Por què sales à esclarecer un dia tan opaco? Ya amarece; un cadahalso horrible aparece en la Plaza, la maquina sangrienta amenaza con su cuchilla á la mas augusta de todas las cabezas. ¡Qué maldad! La sangre toda de los perfidos Vocales, no es bastante para vengarla; llega la hora prescrita para crìmen tan inìquo, las caxas militares, el ronco murmullo del Pueblo, el estrepito de las armas, todo, todo anuncia una novedad extraña; Pueblanse las calles,

ocu-

ocupanse los balcones, todos ven y no creen lo que estàn viendo. Entre tanto el momento fatál se acerca, un zeloso Ministro avisa à Luis el grande, que llegò el termino de sus desgraciados dias; él recibe con serenidad tan desusada nueva, gime, llora de nuevo à sus pies al recibir los ultimos auxilios de la Iglesia. ¡ Què dolor! Pero se repone despues; *vamos*, dice con entereza; llega la carrosa lúgubre cubierta de triste luto, circuida de un formidable tren de artilleria, parte del que ocupaba las calles todas de esta infame Corte. ¡Qué furor no infundirá este horrendo crímen en los leàles corazones de los Españoles! Luis baxa de la Torre, sube al coche con resolucion extraña, parte al lugar señalado, ocupado todo en repetir las Preces santas que la Iglesia prescribe à los moribundos. ¡Oh gran Luis, tu piedad y tu fama será eterna! Llega en fin á la Plaza; un sordo murmullo se hace sentir á su vista; no pocos de sus leales vasallos vierten lagrimas que se ven obligados á ahogar dentro de su noble pecho: ¡ què espectàculo! sube en fin Luis XVI al cadahalso; intenta ratificar de nuevo à su amado Pueblo las pruebas de su amor, que ya de antemano habia esculpido y regado con lagrimas en su Testamento; pero no se le permite; un ruìdo hecho á drede con los instrumentos militares, ahoga su voz. ! Barbaros, aun de este último consuelo intentais privar à sus fieles vasallos! El Executor iniquo intenta sujetar con cordeles aquella diestra que fuè tantas veces besada con respeto, y temida de sus contrarios, quando allà en otro tiempo, adornada con el Cetro Real hacia temblar á todo un Reyno: el Monarca se acuerda por postrera vez de su autoridad: una terrible mirada suspende la accion del infame Executor; pero se repone despues y sujeta sus Reales manos á los dogales fieros; el hermoso cabello del Principe và á ser vendido à su vista por un precio vil: ¡ eh! ¿así se trata á un Monarca? así se viólan los sagrados derechos de su autoridad? ¿á esto se reduce toda su gloria? ¡extraña metamórfósis, terrible prueba de la poca duracion de las grandezas humanas! pero el

col-

colmo de la iniquidad Francesa va à cumplirse: Luis XVI recibe nuevamente la absolucion del Ministro que le acompaña, el que se deshace en lagrimas á vista de tal crueldad; antes de ofrecer su garganta à la cruel cuchilla, eleva al Cielo sus ojos, manifestando la conformidad y sosiego que reyna en aquella su grande alma, prueba nada equivoca de su inocencia; corta en fin el executor inico con temblante mano la cuerda que sostiene la maquina; cae la cuchilla; un sonido penetrante se hace oír de la multitud inmensa del Pueblo que circuye aquella Plaza. Luis, ¡oh Luis! Señor, Monarca Augusto, ¡ah! no responde; muriò ya: ¡què horror! un silencio profundo se apodera de todos; el executor presenta al pueblo la Augusta cabeza que destila arroyos de su ilustre sangre; los ojos entreabiertos, su rostro magestuoso parece arguyen á los traidores su infame maldad; pero de repente sus facciones varìan, el color cárdeno demuda su semblante, la sangre se congela, el tronco del Cadáver Real yace en el cadahalso nadando entre arroyos de purpura: todo, todo presenta un horroroso espectáculo al Pueblo desenfrenado; pero él ahoga en su pecho vil los sentimientos de humanidad y clama de nuevo: *viva la libertad*, que no conoce. ¡Què! ¿Suspiras? ¿te estremeces? ¿lloras? Llora, sì, yo te lo permito; jamás lloraràs con mas motivo; pero te ruego que allá quando te halles entre algunos Jóvenes libertinos que intenten seducirte, traigas á la memoria que esta inaudita catastrofe ha sido efecto de sus depravadas maximas; y que el hombre sin Religion es capáz de todos los crimenes. ¿Los hubieras jamàs pensado? ¿hubieras nunca imaginado que á este estremo condugese la irreligion á los hombres? Huye pues de esos horribles monstruos enemigos de la humanidad, abomina sus perniciosos escritos, aparta tus inocentes ojos de sus paginas, advierte que el tósigo fatal de que estàn empapadas, se insinua en el corazon à pesar de toda la cautela; y no olvides jamás que las obligaciones que de-

bes

bes à la Patria, à la Religion y al Soberano, fueron siempre los desvelos de tu anciano Padre hacia tì. ¡Ah! Yo hijo mio, poco puedo vivir yà sobre la tierra; con todo, la idèa triste de la muerte me consuela enmedio de los horrores que me cercan; quisà bien pronto verè cumplidos mis deseos á impulsos de la cuchilla que amenaza á quantos piensan con rectitud; quando esto no sea, mi edad abanzada lo verificará; mis trèmulos pasos se dirigen yá á toda priesa hacia el sepulcro; pero muero con la confianza de que las maximas que acabo de proponerte no se borrarán jamás de tu tierno corazon: asi te lo desea tu Padre; y para su logro dirigirà siempre sus incesantes votos al Eterno. A Dios hijo mio: Tu Padre que de corazon te ama: Fecha en Parìs á 14 de Febrero de 1793.

El Buen Vasallo.

CON LICENCIA DEL SR. GOVERNADOR:

MALAGA: EN LA IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. FELIX DE CASAS Y MARTINEZ, FRENTE DEL STO. CRISTO DE LA SALUD.